

Curriculum vitae

Miguel García-Baró

Los amigos más antiguos piensan muy correctamente de mí que soy más un poeta que otra cosa. Los amigos que me han tratado en mi actividad profesional —y casi siempre pertenecen a la siguiente generación— dirán que soy un fenomenólogo. Siempre es interesante tomar en cuenta los espejos. Cuando trato yo de ser espejo de mí mismo veo que he creído desde el principio de mi conciencia aquello que leí luego en Unamuno: se piensa lo que se siente. Yo soy un chico de Moratalla —vegas, cerros, pinares, cortijos y montes— que no lograba vivir en su casa más que los veranos, y no completos, y que se pasaba el resto del año encerrado en un espacio bastante pequeño de Madrid, alimentando fantasías y añoranzas con mi abuela, recién extirpada del pueblo —una casa con cinco alturas y varios siglos de vejez. La contemplación significa para mí sentarme de lejos, en el paseo del cortijo de Rojas, a mirar mi pueblo nunca realmente mío y el monte del Buitre. Cuando me acerco hasta quemarme, me quedo en una plaza del cementerio alrededor de la cual están los monumentos de mi infancia entera. Hay sol, silencio —salvo las chicharras en verano—, el castillo.

Luego está la lucha cotidiana, es decir, Madrid. Entre Madrid y la infancia crece una familia enorme, multirracial y multilingüe, feliz y sabia, que reunimos en el mar de Águilas —peces, rocas, playa. Pero de este sector tan grande de mi vida no me es dado hablar aquí.

He mencionado Madrid, pero podría haber escrito París o Roma con tanta o más razón. Es verdad que Madrid es las universidades y el instituto de investigación donde he trabajado muy cerca de cincuenta años, sin sabáticos, y ahí habitan los seminarios que me han regalado una cierta obra filosófica; pero las ciudades a las que pertenezco en la medida en que pertenezco a la filosofía son más bien París y Roma y, si me atrevo a un viaje de ensoñación aún mayor, Jerusalén. Ya no viven mis profesores de Maguncia —aprendí allí más griego y vida que filosofía— ni Shálom Rosenberg, ni Michel Henry; sobre todo, murió en mi barrio madrileño Juan Martín Velasco. Quienes me enseñan son amigos con bastantes años menos que los míos y que viven entre Valparaíso y Tokyo: en Alcalá, en Pinto... Mis lecturas se compran en el bulevar Raspail, en una callecita de Toulouse y en las Feltrinelli del centro.

Hay dos amores que nunca me defraudaron, los dos gentes maniáticas y dueños de sus lenguas, espectáculos de belleza y de hondura: Platón y Unamuno. No eran fenomenólogos y no sabrían calificarse a sí mismos dentro de las escuelas que dicen que hay. Los dos se hunden en lo eterno y no podría yo decir cuál de ellos nos está temporalmente más próximo. En muchas

ocasiones los introduce en nuestro presente a ambos Kierkegaard. Hay otras en que lo hace Weil. Estos ya sí son mis contemporáneos. Me hubiera fascinado aprender con Adolf Reinach para regresar luego al hogar unamuniano a dar guerra muy armado de conceptos y deducciones impensadas.

No existe el ocio, pero sí hay las horas en que, lejos de la tierra y en soledad, Cervantes, fray Luis, santa Teresa, Dostoievsky, Séneca, Azorín, y la Biblia —pero sin traducción, válgame Dios, aparte Schöckel— dejan el espíritu en el lugar a donde debe recogerse. Schelling, Chestov, Séneca, Bloy, Chrétien, Péguy, Barth pueden mirarse desde mi ventana. Tengo que vencer la tentación de mirar también por ella grandes masas de cine, que reemplazan a las masas de periódicos de antaño. Este cine de ahora me asalta como la *distractio* y la *dissimilitudo* que describe un perito en ambas: Agustín. Un día entraré en la literatura espiritual de los siglos XII, XIV y XV.

Caramba, no he hablado de Husserl. No tengo por qué, aunque aprendí mucha retórica en las *Investigaciones lógicas*. Fue gracias a este libro como comprendí a Descartes, a Malebranche, a Hume y a Berkeley. Malebranche y Berkeley llenan de alegría al desocupado. Kant es fácil. ¡Qué maravilloso libro *La religión dentro de los límites de la mera razón!* Así como otros descreídos jugaban a las disputas de filosofía escolástica, me deleita a veces jugar con Fichte a su dialéctica disparatada, que viene a ser el Purgatorio. He terminado aborreciendo a Hegel y a Heidegger y cansándome de Ortega. Los bellos libros ingleses rara vez soportan una relectura ni dejan memoria. Todavía pretendo estudiar hasta el final a Marcel, a Zubiri y a Bergson o, lo que va con ello, estudiar matemáticas y ciencias de la naturaleza. La historia fue ya mi compañía de infancia.

Sería un dolor tener que señalar cuánta literatura se me ha vuelto insufrible. Baste decir que Shakespeare es demasiadas personas como para evaluarlo; que prefiero mil veces a Baroja y a Miró antes que a Proust; que la poesía española del siglo XX (Aleixandre, los Machado, Cernuda) y la de Borges creo que están bien, sin excesos, y que Sánchez Rosillo tiene algo de alma gemela de la mía —me perdonará, espero, si se entera de que he dicho esta enormidad.

Me parece esencial no admitir que la filosofía es sencillamente la metafísica (o la ontología). En absoluto. La filosofía tiene dos vertientes: la teoría de la verdad y la teoría del bien. Hay que empezar por esta. Sócrates, el amigo mayor de Platón, es la puerta de la sabiduría, y ved qué poco caso hacen de él Hegel y Heidegger. Sócrates muestra cómo la valentía es la médula misma de la vida, y en el discurso que pronuncia Fedro en el *Simposio* ha quedado vinculada la valentía con el amor. Se piensa lo que se siente. El diálogo *Gorgias* tendría que entrar en el canon de las escrituras cristianas del futuro: es un comentario hagádico del sentido de las andanzas de Jesús de Nazaret por estas tierras.

Distinguir el dolor del mal auténtico —el llamado mal moral— es el primer escalón de la sabiduría. Antes que dañar y, sobre todo, antes de volverse uno mismo cómplice de la maldad, el bien absoluto —que existe porque no existe por aquí cerca y no se encarna ni en el mismísimo Sócrates— exige morir la muerte social o la física, a sabiendas de que nada que nos ataque desde fuera

nos pervertirá salvo que nos hagamos sus aliados. En este sentido hay que ir luego describiendo cómo debemos vivir, o sea, para empezar, cómo debo yo vivir: *quod vitae sectabor iter*. Y enseguida se nos revela que también nosotros, como Sócrates, sabemos antes y más del amor y de la muerte que del pobre ser, del pobre Ser.

De la reflexión ética antigua preservo la distinción entre varios modos de *verdadear*: la técnica, la ciencia, la prudencia y la sabiduría, a los que añado yo el arte auténtica —en el sentido moderno del término. La ciencia y la técnica tienen que ver primordialmente con *problemas*; la prudencia y el arte, con *enigmas*; la sabiduría, con *misterios*. Atribuyo importancia central a esta distinción, que quisiera ver en los planes de estudio de la enseñanza media.

Es claro qué significa *problema* y cómo, hallada la solución general en la ciencia para superarlo, se crea una técnica eficaz. De una vez por todas, el problema ha perdido así su pugnacidad. La desdicha de ahora es dar por supuesto que todas las dificultades, las barreras, las demoras de la existencia humana se deben a meros problemas. Para todo, pues, habrá técnicas que lo arreglen. Y excluimos de la vida la filosofía, la teología, la historia y la seriedad de las artes —una seriedad que va de la mano de su hondura y su verdad.

Hay en esta situación lamentable algo de veras catastrófico, pese a que la realidad, como Maestro Exterior de todos nosotros, se ocupa de lanzarnos revelaciones de enigmas y misterios que son capaces de perturbar la calma mortífera de quienes solo ven problemas. ¡No hay que poner una confianza exagerada en la pedagogía, que para eso están las cosas mismas!

La *phrónesis* antigua, la *prudentia* designa en mis escritos la exploración y el trato con el enigma más evidente de todos: los demás seres humanos e incluso el fondo desconocido de mí mismo —corporalidad y alma. La otra región enigmática es la belleza de lo real, en la que se emplean las artes, incluso aquellas que no pretenden producir nada bello: sacan a la luz verdades que solo por este medio aparecen.

Llamo enigma a lo que me manifiesta desde el primer encuentro una posible profundidad ante la que me podría detener quizá indefinidamente, adentrándome en su sentido, que aparece ambiguo a primera vista, como los oráculos antiguos. La belleza de la naturaleza es enigmática, pero profundizar en ella y degustarla no promete una estancia y, menos todavía, un final feliz o siquiera apacible. Tiene a veces la índole de las sirenas de los tiempos de Odiseo, y llenarse de ella es uno de los modos de desatender las tareas de la prudencia en sentido moral e interpersonal y de la sabiduría.

En cuanto al enigma que es el (otro) ser humano, alberga sobre todo una difícil cuestión para todas las teorías conocidas —y superficiales— acerca de la llamada empatía: que ni las cimas de la bondad ni las simas de la perversión pueden ser de alguna manera conocidas por la imaginación que se representa modalidades de nosotros mismos en tanto que ya conocidos. Cabe reconocer una bondad desbordante y una maldad abismal sin poder al mismo tiempo suponer que sus sujetos sean meras variaciones de uno mismo, mediocre respecto de los dos extremos. En todo caso, destaco el papel formidable que tiene el mutuo conocimiento en lo que se pueda decir acerca de las máximas de nuestra conducta.

Además, ya el otro humano comparece en el campo de los misterios propiamente dichos, que son acontecimientos de revelación que trastornan la vida y resignifican todas las cosas. Jaspers habló muy atinadamente de *Grenzsituationen*, situaciones límite o, de manera más inteligible, aquellas partes de nuestra situación que están fijadas como si fueran el orbe de las estrellas más altas. En la frontera de todo lo que hay para cada uno de nosotros ahora se van presentando en una seriación que intento describir sin antecedentes del todo válidos en que apoyarme. Van rodeando cada vez más todo, se van superponiendo lentamente una a otra, de modo que la que queda más dentro — en esta imagen plástica— ha perdido su potencia inicial merced a la aparición de las que la han seguido. Su potencia, pero no su insondabilidad.

Con los misterios, en este sentido, nos tropezamos sin haber podido anticiparlos y sin conseguir después de este encuentro inicial olvidarlos del todo. Son las más fecundas lecciones de la Realidad en su papel de Maestro Exterior. Nadie los conoce por la descripción de otro, aunque tenga ese otro la pluma de Kierkegaard.

La serie que defiendo como la que mejor reproduce la experiencia pura de los misterios por parte del ser humano comienza con la muerte y sigue, sobre todo y simplificando, con dos pares de revelaciones que se acompañan. La más temprana es la del amor y la culpa. La más tardía, la de la desdicha y el perdón. Tras la muerte propia, ya veremos qué nuevos acontecimientos y qué revelaciones viviremos.

Uno de los efectos de los misterios es dotar de sentido de la transcendencia radical a nuestra estancia en el mundo, a nuestro cuadro fenomenológico de las cosas que hay. Unamuno habló a este propósito, aunque no muy felizmente, de lo contrarrazional que es la felicidad en su punto de perfección. Tenía razón, pese a que habría hecho mejor en forjar otra palabra.

Al dar cabida en la ontología y en la teoría del conocimiento a enigmas y misterios, las descripciones fenomenológicas se enriquecen inmensamente, aunque lo natural sea que quienes no han pasado aún más que por el primer misterio, la muerte, no comprendan esas expresiones literarias que, sin embargo, no podrá reprimir quien sí conozca la culpa, el amor, la desdicha, el perdón.

Los misterios van fundiéndose, unos sobre otros, en la periferia exacta de la existencia humana, en el Cielo cristalino, que decían los investigadores medievales llevados de la mano por el Dante a semejantes regiones.

La inmensa riqueza de la filosofía y la poesía de todos los tiempos van llenando, en el mejor de los casos, lo que muchas veces han quemado ya antes los misterios en una persona. A la Realidad solo le es forzoso enseñar la lección de la muerte; tras ella, solo el que reacciona a este fuerte aprendizaje como es debido está en condiciones de esperar lo que sigue sin poderlo anticipar —y ello lo conturbará hasta las raíces cuando venga.

Naturalmente, los mortales, si tienen la paciencia que los misterios exigen para ser acogidos como mejor se pueda, extraerán de la lección de la muerte la pasión por vivir con el máximo de sentido. Esperarán, ya que han sufrido una catástrofe inesperable y en adelante inolvidable, que puedan ser afectados por otras todavía. En la filosofía francesa reciente se ha atendido a cómo los seres

humanos tienen una capacidad de ser afectados que sobrepasa lo que se prevé y cómo sacan fuerzas de flaqueza —y de sabiduría y arte— para abrir, en respuesta, posibilidades inauditas. Por el mero hecho de aguardar una segunda ola de revelaciones no se hace imprescindible que lleguen: cabe un éxodo sin advento —aunque Weil nos inquiete con su doctrina de la gracia inexorable en determinadas circunstancias; quizá es que no nos atrevemos a suponer tanto y tememos que si no se nos cumple la esperanza se deba a nuestra falta lamentable de fe.

En los mortales se instala una inquietud del corazón que crecerá —también crecerá en peculiar forma de paz— si la constelación culpa-amor desciende revelatoriamente. Todavía se exaltará más si arriban al dominio de la desdicha y el perdón, porque esas experiencias trasladan a la eternidad sin que el deseo de trascender se apague.

Hay modos muy nuevos y más justos que los antiguos de comprender la complejidad de la vida humana y de la realidad, y a ellos corresponden órdenes también más justos e inusuales de engarzar conocimientos con conocimientos y sentimientos y acciones con sentimientos y acciones.

Desde la perspectiva de los misterios o situaciones límite extremos termina por mirarse todo como un ingente misterio en que se mezclan la belleza y el espanto, el sentido y su destrucción. Es verdad que allí *denken* y *danken* habitan juntos, pero tampoco entonces se habrá perdido como atrás, en los lejanos inicios, la socrática valentía y sus consecuencias. La moral cotidiana, como la poesía de cada hora y los enigmas de la vida intervivida e interexistida —materia aún casi no hollada por la filosofía— siguen inquietando en los umbrales mismos de la pérdida de la condición terrena del *homo viator*. Siguen, por lo mismo, acrecentando la sabiduría de quien no pierde nunca la doble condición de la transpasibilidad y la transposibilidad.

Añado un apéndice sobre política:

Una persona debe intervenir en la vida política pero se ve casi imposibilitada de hacerlo en las condiciones de lo que actualmente es incluso en las democracias parlamentarias en las que se presupone la seguridad jurídica. Conocí veintidós años la ausencia de constitución y terminé reprimido por el régimen de mi primera juventud: un estafalario servicio militar en Melilla, en el que trepé hasta cabo primero a lo largo de quince meses. Luego vino la frustración de cómo se fue instalando la *Realpolitik* y la imposibilidad consiguiente de enrolarse en ningún partido ni de hacerse algo más que suscriptor de ningún periódico. Mi beca para formarme en Alemania incluía el compromiso de trabajar luego por la promoción de la escuela y la universidad en España. Y, en efecto, convertí en magisterio universitario toda las energías volcadas a lo social y logré además establecer con una nobilísima casa editorial de Salamanca, de real inspiración cristiana básica, una relación fundada en la necesidad de disponer de una larga colección selecta de libros de verdadera filosofía y de traducciones excelentes cuando no halláramos ensayos en español de tanta calidad. Esta serie tendría que conservarse reeditando constantemente sus volúmenes. La tradición de Ortega, Morente, Gaos me llegaba en esta forma. Me vinculé recientemente, ya en tiempos más oscuros, a algún club de opinión política, a favor de las amistades establecidas en la Academia de Ciencias

Morales y Políticas. Y de pronto se hizo realidad la colaboración en una empresa social de primera magnitud: intentar erradicar los abusos (de espíritu, de conciencia, de poder, de cuerpo) poniendo máxima atención en el cuidado de las víctimas, la sensibilización de la sociedad y el avance en la investigación de este campo extremo de la desdicha, sin olvidar el esfuerzo por la sanación de los victimarios. En el presente intento lanzar una revista no habitual, y de estos emprendimientos de ancianidad no creo que haya derecho a jubilación.

Me parece que a ningún dogma cristiano me adhiero con tanto entusiasmo como al que habla de la comunión de los santos.

Una actuación pública apoyada siempre en esa comunidad misteriosa y en la no menos misteriosa amistad espera continuación más allá de la muerte propia y en la dirección que decidan quienes quizá la prosigan. Un profesor con ansias de hacer alumnos *suyos* es una plaga.